LIBRO dot.com

El porquerizo

Hans Christian Andersen



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Hubo una vez un pobre Príncipe que sólo tenía un reino muy pequeño, pero suficiente para permitirle casarse. Y él estaba deseando casarse.

Ciertamente habría sido un tanto audaz de su parte decir a la hija del Emperador: "¿Quieres ser mi esposa?" Y sin embargo él se atrevió a hacerlo, porque su nombre era conocido a gran distancia. Y cientos de princesas hubieran respondido "Sí", y también "Te lo agradezco", pero veamos lo qué hizo ella.

Sobre la tumba del padre del Príncipe había un rosal, muy hermoso, que florecía sólo cada cinco años y daba un único pimpollo. ¡Y qué rosa era! Con sólo aspirar su perfume olvidaba uno todas sus preocupaciones y penas.

Tenía también un ruiseñor que cantaba como si todas las más hermosas melodías del mundo anidaran en su pequeña garganta. Y el Príncipe decidió obsequiar a la Princesa esos dos tesoros: el ruiseñor y la rosa. Los hizo colocar en grandes estuches de plata y se los envió.

El Emperador los hizo conducir ante él hasta el gran salón donde estaba la Princesa y sus damas de honor. Al ver la Princesa los estuches que contenían los regalos, aplaudió entusiasmada.

-¡Si se tratase de un gatito! -exclamó. Pero el cofre que abrió contenía la exquisita rosa.

-¡Qué rosa encantadora! -dijeron todas las damas de honor.

-Es más que encantadora -aprobó el Emperador-. Está muy bien hecha.

Pero cuando la Princesa tocó la flor, estuvo a punto de llorar.

-¡Ay, papá! -exclamó-. ¡No está hecha! ¡No es sino una flor natural!

-¡Ay! -repitieron las damas de honor-. ¡No es sino una flor natural!

-Bueno -dijo el Emperador-. Veamos lo que hay en el otro estuche, antes de enojarnos.

Abrieron el segundo cofrecillo, y salió el ruiseñor. Cantaba tan exquisitamente que nadie tuvo nada que decir contra él.

-*¡Superbe! ¡Charmant!* -comentaron las damas, todas las cuales chapurreaban francés, una peor que la otra.

-¡Cómo recuerda este pájaro la cajita de música de nuestra llorada Emperatriz! --comentó un cortesano viejo-. Sí; son los mismos tonos; la misma perfecta ejecución.

-Así es -aprobó el Emperador, llorando como un niño.

-Difícilmente podría pensarse que se tratara de un pájaro natural -dijo la Princesa.

-Pues de uno natural se trata -respondieron los que lo habían traído.

-¡Oh, entonces déjenlo que se vaya! -dijo la Princesa. Y no quiso ni oír hablar de que pudiera presentarse el Príncipe.

Pero el Príncipe no se dio por vencido.

Se tiñó la cara con tintes de color moreno y negro, se caló su gorro hasta los ojos y fue a llamar a la puerta del Palacio.

-Buenos días, Emperador -se presentó-. ¿Sería posible que se me tomara para servicio del Palacio?

-Bueno, hay muchos postulantes -respondió el Emperador-. Pero déjame ver. Sí; necesito alguien para cuidar los cerdos. ¡Tengo tantos!

De modo, pues, que el Príncipe se convirtió en porquerizo imperial. Se le asignó un horrible cuartucho cerca de los chiqueros, donde tendría que habitar. Se sentó a trabajar todo el día, y al llegar la noche había construido una pequeña y bonita cazuela para la cocina, rodeada de campanillas que al hervir el contenido de la cazuela tintineaban deliciosamente y entonan la antigua melodía:

¡Ah, mi querido Agustín,

todo se perdió, dio, dio, dio!

Pero el mayor encanto de la cazuela era que con sólo extender un dedo sobre el vapor podía uno inmediatamente oler todas las comidas que se cocían en aquel momento en cada cocina de la ciudad. Y eso ya era cosa muy distinta de una rosa.

La Princesa llegó paseando en compañía de sus damas de honor, y al oír la melodía se detuvo y pareció complacida, porque ella también sabía tocar "Mi querido Agustín". Era la única tonada de su repertorio, y sólo la podía tocar con un dedo.

-¡Vaya, es mi melodía! -dijo-. Ese porquerizo parece un hombre culto. Preguntadle el precio de ese instrumento.

Y una de las damas tuvo que entrar en la habitación del porquerizo, aunque no sin calzarse antes un par de galochas de madera.

-¿Cuánto quieres por esa cazuela? -preguntó.

-Diez besos de la Princesa -respondió el porquerizo.

-¡Dios nos guarde! -exclamó la dama.

-No aceptaré menos.

-Bien, ¿cuánto dijo? -inquirió la Princesa un momento después.

-En realidad no puedo decirlo -fue la respuesta de la dama-. ¡Es algo tan chocante!...

-Entonces, susúrralo.

Y la dama lo susurró.

-¡Es un miserable! -dijo la Princesa, y se alejó. Pero apenas había dado unos pasos volvió a ír las campanillas tintinear alegremente:

¡Ah, mi querido Agustín!...

-Ve y pregúntale si aceptaría diez besos de mis damas de honor -insistió la Princesa.

-¡No, gracias! -respondió el porquerizo-. Diez besos de la Princesa, o me quedo con mi cazuela.

-¡Qué fastidioso! -dijo la Princesa-. En ese caso quedáos vosotras a mi alrededor, para que nadie pueda vernos.

Así, pues, las damas de honor rodearon a la Princesa desplegando sus faldas mientras el porquerizo recibía sus diez besos. Y la cazuela pasó a poder de la Princesa.

Y la cazuela era una maravilla. La Princesa la tenía en el fuego día y noche, y sabía lo que se estaba cocinando en cada cocina de la ciudad, desde la cocina del chambelán hasta la del zapatero. Las damas de honor bailaban de alegría y aplaudían entusiastamente.

-Sabemos ahora quién tiene sopa y panqueques para la cena, y quién chuletas -decían-. ¡Qué divertido!

-Sí, pero cuidado con lo que hablan, pues yo soy la hija del Emperador.

-¡Dios nos guarde! -exclamaron todas las damas.

El porquerizo -es decir, el Príncipe, sólo que nadie sabía que no era un auténtico porquerizo- no pasó el día siguiente ocioso, sino que construyó una carraca, que al hacerla girar tocaba todos los valses, galops y otras piezas populares compuestas desde la creación del mundo.

-Pero, ¡eso es *superbe*! -exclamó la Princesa al pasar por el lugar y oír la música-. Jamás he oído composiciones más bonitas. Id a preguntarle cuánto quiere por el instrumento, pero basta de besos.

-Quiere cien besos de la Princesa -respondió la dama de honor.

-¡Está loco! -dijo la Princesa, y se alejó, pero no había dado muchos pasos cuando se detuvo.

-Hay que favorecer el arte -dijo-. Yo soy la hija del Emperador. Decidle que le daré diez besos, la misma cantidad que ayer, y que puede recibir los restantes de mis damas de honor.

-Pero... eso no nos agrada en absoluto -objetaron las damas.

-¡Oh, tonterías! Si yo puedo besarlo, también mis damas pueden hacer lo mismo. Recordad que os pago honorarios, además de casa y comida.

Y la dama de honor no tuvo más remedio que volver a insistir ante el porquerizo.

-Cien besos de la Princesa, o no hay trato -replicó éste.

-Poneos vosotras delante -indicó la Princesa, y todas las damas de honor la rodearon mientras el porquerizo la besaba.

-¿Qué sigrifica esa aglomeración de gente en los chiqueros? -dijo el Emperador al pasar camino de la galería. Se frotó los ojos; se puso las gafas-. ¿Qué clase de juego es éste? Tengo que ir a ver.

Y se acercó a toda prisa, cruzando el corral, con pasos tan suaves que las damas -que además estaban muy ocupadas contando los besos para que la cifra fuera exacta- no lo oyeron.

-¿Qué pasa aquí? -inquirió al ver lo que ocurría. Alzó la zapatilla y dio en la cabeza a la Princesa y al porquerizo en momentos en que éste recibía el beso número ochenta y seis-. ¡Fuera!

Estaba muy furioso, y ordenó que los dos culpables fueran expulsados de sus dominios.

La Princesa se quedó llorando, y el porquerizo protestando en voz baja. Y la lluvia empezó a caer a torrentes.

-¡Oh, pobre de mí! -exclamó la Princesa-. ¿Por qué no se me ocurrió aceptar al apuesto príncipe? ¡Qué desdichada soy!

El porquerizo se apartó detrás de unos arbustos; se lavó el tinte oscuro y negro del rostro y arrojó las feas ropas de su oficio. Al reaparecer vestido de príncipe, estaba tan apuesto que involuntariamente la Princesa le hizo una reverencia.

-Vengo a decirte que no me interesas -dijo él-. No quisiste aceptar a un honorable príncipe. Despreciaste la rosa y el ruiseñor. Pero sí consentiste en besar a un porquerizo a cambio de una caja musical de utilería. Ahora tendrás lo que tú misma te has buscado.

Y se retiró de regreso a su pequeño reino, y cerró la puerta de su palacio con llave y cerrojo. Y ella se tuvo que quedar fuera, cantando desconsoladamente:

¡Ah, mi querido Agustín,

todo se perdió, dio, dio, dio!